

mirra á tenderse sobre tus ruinas. Babilonia, no llares á las estrellas, porque no te oirán, embebecidas en cantar sus amores á Dios; no asestes el arco de Nemrod, porque es muy pesado para tus enflaquecidos brazos; no te ciñas la armadura de Nino, porque te descoyuntarás los huesos podridos por eterna prostitucion; no montes el blanco elefante de Semiramis, porque duerme el sueño de la muerte sobre la tumba de la reina; no saques la espada forjada por tus predecesores, porque nada podrá contra estos cometas de fuego que blandimos sobre tus sienas; no quieras andar, porque envuelta en esta nube y perdida en el desierto, irás dejando tus dioses, tus aras, tus esfinges, tus filtros, tus misterios, como el avestruz deja diseminados los huevos de su nido. Babilonia, reina de Oriente, que has recibido en tu lecho los besos de todos los reyes, que has estrechado contra tu corazon los hombres de todas las razas, que has convertido tu vida en eterna noche de placer, que has visto en cada astro una lámpara destinada solo á iluminar tus amores, que te has embriagado apurando la copa de oro al calor de la delirante orgía, que has vivido entre azucenas dormitando; Dios te va á borrar de la tierra, porque no tienes fuerza para blandir una

espada; y de tus piedras hará el pueblo nómada su aduar, y de tus cintras de bronce y tus láminas de plata hará el pueblo guerrero su espada, y de tus ánforas y tus cráteres de oro hará el pueblo sacerdote sus sagrados vasos, y de tu púrpura hará el pueblo comerciante su fardo, y de tus símbolos, de tus tablas astronómicas hará el pueblo marintero su guía, y de tus cañaverales el cocodrilo hará su nido, y de tus cimientos el tigre su madriguera, y de todos tus espacios la muerte su dominio. Arrodillate, arrodillate en el polvo, levanta al cielo tus dioses, tus misterios, tus secretos, las verdades que has arrancado á los astros, los bienes que has hecho á las razas; dile si has protegido algun caminante extraviado, si has dado de beber á algun camello sediento, si has recogido algun niño abandonado en el desierto, si has orado alguna vez con fervor en tu vida, y se salvará de la muerte algun suspiro, algun reflejo de tu alma. Pero pronto, pronto, porque ya se hunden tus rios, se desploman tus edificios, crujen tus carros de guerra, aullan los tigres hambrientos de tus despojos, hierve el huracan sobre tu sepulero, y se exparcan por los aires tus cenizas; porque la cólera divina nos ha dado estas espadas de fuego para que borre-

mos de la tierra esta mancebia de los reyes.

NINIAS.

¡Piedad, piedad!... *(Queda sin sentido)*.

ORIEL *(recostado en una ventana del templo)*.

Me destinan á la muerte, al sacrificio. Al fin, un continuo é inútil sacrificio ha sido mi vida. He buscado anhelante la idea de Dios, y la primera vez que me encuentro solo en un templo es para prepararme á la muerte. El dios de estos pueblos se me va á revelar en el brillo de una cuchilla, se me va á aparecer en la agonía de mi postrer suspiro. ¿Por qué amaremos esta vida angustiosa, llena de lágrimas y de dolores, por qué? ¡Ah! La aurora resplandece en Oriente, los pájaros se despiertan, las flores abren sus corolas, el árbol agita sus ramas cargadas de rocío, y el áura se mece suspirando sobre los campos, como si fuera el alma de la naturaleza. Todos vivís y os agitáis de placer, y yo, sólo yo muero. Pero ¿moriré para siempre? ¿Me convertiré en alguna de esas aves que gorgean en la enramada? ¿Seré al ménos despues de mi muerte un suspiro del áura que vaya á orear una lágrima en las megillas de una virgen? O cuando mis ojos se apaguen y

calle mi corazon, ¿se apagará el sol y callarán conmigo los rumores de la naturaleza? Morir, morir, exhalar este aire que respiro con tanta felicidad, verter esta sangre que me anima, quedar frio y yerto desposeyéndome de este calor de la existencia, es triste, tristísimo. ¿Por qué habrán puesto en mi conciencia esta voz que tan poderosamente me llama á la vida? Yo no tengo ningun lazo que me ate á la tierra. ¡Ah! Siento á lo léjos una cancion tan dulce...

SARA *(que vuelve de la fuente cantando)*.

La golondrina viene y humedece las puntas de sus alas en la flor de agua para continuar su camino. Vé en paz, mensajera mia, vé en paz á la tierra sagrada de mis padres. Si llegas allí, lleva al aire, á la luz este suspiro de dolor que exhalo. Revolotea un poco sobre las rosas de Jericó, bañat tus alas empolvadas en el mar de Joppe, bebe las claras aguas del torrente Cedron, escucha un instante el cántico melancólico del pescador, que tiende sus redes en el dormido lago, y anida en las cabañas que se acuerdan de los primeros patriarcas, para que tus hijos y los hijos de tus hijos sean sagrados. Entra, entra en el paterno hogar y aunque esté solitario, y la yerba crezca en

las junturas de sus piedras, y el viento corra á su antojo por las hendiduras de los muros, y el frio silencio se extienda donde antes se levantaban los cánticos de los sacerdotes, detente ante aquel santuario, y recibirás el aliento de Dios y el suspiro que exhaló en el primér instante de la creacion el mundo, que todos los dias se renueva en aquellas sagradas fuentes. Vé, golondrina errante, vé en paz á la tierra de mis padres. Y si despues de haberte posado en la tostada higuera, y de haber bebido las gotas de agua del torrente en los hoyuelos de las piedras, quieres bajar hasta la tierra donde mis mayores duermen, roza con tus alas aquellas sepulturas abandonadas, y te llevarás la bendicion de Dios. Pero, golondrina, golondrina, si bebieras esta lágrima que rueda por mis megillas, acaso sabrias cuán amargo es no tener patria, y se lo dirias así al aire sagrado que vas á cortar con tu tranquilo vuelo. Adios, golondrina errante, adios; vé en paz á la tierra de mis padres.

ORIEL.

Veo una hermosa jóven que vuelve de la fuente cantando plañidero cántico. Una túnica blanca la cubre, un manto de lana azul cae de sus hom-

bros, ligera toca envuelve su cabeza; su tez morena, sus negros ojos, sus encendidos lábios, las sedosas trenzas que caen sobre su pecho, la ligera huella que sus piés desnudos dejan en la arena, el crugir de sus vestiduras, el eco de su tristísimo cántico, mueven mi alma dolorida á infinita tristeza. Erguida, esbelta, andando majestuosamente con el cántaro lleno de agua sobre la cabeza, me parece la imágen de otra raza, de otra gente tal vez desgraciada como yo. Mujer, da á este esclavo sediento, próximo á morir, un sorbo de agua. ¿Quieres?

SARA (*deteniéndose*).

Debo hacerlo. Mi ley me manda que apague tu sed. Si alguna vez hubieras ido á la tierra de mis padres, y hubieras entrado en la tienda del patriarca, que se apoya en el tronco de la palmera y se alza al lado del pozo, te hubieran mis mayores limpiado el sudor de la frente, el polvo de los piés; te hubieran dado pura agua, leche de las vacas, miel vírgen recién sacada de los panales, tortas hechas en la piedra del hogar; porque en mi tierra el leñador deja haces en el monte, el segador espigas en el campo, el vendimiador racimos en la viña, para que los recoja el extran-

jero y el caminante : que todos nacemos hijos de Dios, cuyas caricias son tan dulces como el regalado ósculo impreso por una madre en la frente del pequeñuelo que á sus pechos amamanta. (*Dá de beber al esclavo.*)

ORIEL.

¡Ah! La clara agua de tu ánfora ha vuelto su frescura á mi pecho, encendido, abrasado por el dolor; pero las dulces palabras de tus labios han vuelto la esperanza á mi espíritu, devorado por la duda. ¿Tienes una pátria donde el hombre compadece al hombre, donde se acuerdan del peregrino y del caminante? ¿Tienes un Dios dulce y misericordioso? ¿Y dónde, dónde está? Yo sólo he visto dioses crueles que me han arrojado de sus templos, y que si hoy me reciben, es tan sólo para respirar el olor de mi sangre y gozarse en mi muerte. Háblame, pues, de esa pátria que es ya la patria de mi corazón, de ese Dios que es ya el Dios de mi espíritu. Dime : y en esa tierra, de que por tu desgracia estás ausente, ¿anidará el amor?

SARA.

En la estación en que madura el primer fruto

de las higueras y sacude su flor la viña, cuando tras caluroso día viene la noche á refrescar los aires y sólo se oye el grito del buho ó el arrullo de la tórtola, el amante, llevando una corona de anémonas en la mano, va al pié de la ventana de su amada, y al eco de la cítara le cuenta sus amores, que los ecos de la montaña repiten; y la virgen se levanta del lecho, se envuelve en blanco cendal, y vierte sobre la cabeza de su amado una copa llena de olorosa mirra, recuerdo del aroma de sus amores, y le regala un lirio cogido de su jardín y regado con sus lágrimas.

ORIEL.

Dime dónde está ese país, el único donde se ama en la tierra. Revélame ese Dios misericordioso y bueno. Quiero seguir tu ley, quiero abrazar tu religión. Si creyera las verdades que tú crees, si amara el Dios que tú amas, si estuviese dispuesto á sacrificarme por esa pátria que tus ojos arrasados de lágrimas buscan al través del lejano horizonte, si fuese fiel á la memoria de tus padres como el último de sus hijos, ¿tú, cautiva, amarías á este desgraciado? ¡Oh! No te sonrojes. Mi amor sería puro como mi pensamiento.

SARA.

Cautiva arrancada por la ley de la guerra al hogar de mis padres, debo por mi ley aborrecer al extranjero. Su alma está oscurecida por el amor á los idolos, y su cuerpo manchado por impuras abominaciones del culto. Los que no han nacido en mi pátria son adoradores de las estrellas, y los adoradores de las estrellas sólo ven el escabel de Dios. Las promesas del Eterno nunca podrán alcanzarles, y no tendrán el reposo de una muerte tranquila, ni la ventura de una larga generacion. Pero si te entregas á mis sacerdotes, Dios te dará nuevo espíritu, y nueva vida mi pátria. Y entónces serás mi amado, y yo tu amada. Y guiaremos nuestros ganados por las colinas, y los llevaremos á beber en los torrentes, y oraremos ante el Arca de la Alianza, y oiremos la voz de los profetas, y cuando, bendecidos nuestros amores, tengamos hijos, los llevaremos al templo, presentándolos acompañados de cándidas palomas. En memoria de esta mañana, á la luz del sol naciente, que es como sombra delante de mi Dios, toma esta reliquia, donde están escritas algunas palabras de mi ley. Persevera, si, persevera, y serás nuestro, y te llamaremos prosélito

de justicia. Adios, adios. Aguárdame, que yo volveré con un sacerdote de mi raza. Te lo juro. *(Se va cantando).*

ORIEL.

Gracias, cielo, para mí implacable, gracias. Ya tengo una esperanza, ya he encontrado un corazon en esta vida tan desolada y tan triste. La imágen de esa mujer que ha calmado la sed de mi espíritu se desvanece, y su cántico se pierde. Pero yo no olvidaré nunca esta reliquia, ni la dulce esperanza que me ha infundido con sus amorosas y severas palabras. Nuestros dos pensamientos se han encontrado, y se han confundido en una nuestras dos almas. Mi vida, que se hundia en los abismos del olvido, riela ya la luz de una esperanza. Habitar en los campos, tener un ganado, guiarlo para que paste la yerba cargada de rocío, levantar una cabaña, vivir en ella con la mujer querida, expaciarse en el seno de amiga religion, ver un Dios amoroso, escuchar los grandes profetas, vivir para el bien y esperar renacer en nuestros hijos, es toda la felicidad que puede tener nuestra existencia. ¡Ah! Ya siento apacible dicha. Mi espíritu atemorizado se duerme en el seno de la esperanza. Mi razon que des-

variaba ve ya una luz en la vida. Dejadme, pensamientos lúgubres que venís sobre las almas doloridas como los buitres sobre los cuerpos muertos, dejadme. Ya soy feliz, y desafío con frente altiva y ánimo entero todas las desgracias. ¡Ah! ¿Qué digo? ¡Infeliz! ¿Qué digo? Para mí no hay amor, ni esperanza, ni salvacion posibles. Yo soy la sombra errante de una existencia. No puedo ofrecer mi trabajo, porque mi trabajo es de mi dueño. No puedo ofrecer mi vida, porque de mi dueño es tambien mi vida... ¿He dicho mi vida? ¡Oh! Me olvidaba, me olvidaba de que mi vida es toda entera de los sacerdotes, que pronto, muy pronto van á clavar, segun sus ritos, la sagrada cuchilla en mi garganta. ¡Morir, y morir con una esperanza! Si al ménos ninguna ilusion quedara en mi vida, sería mi muerte como el sueño tranquilo que asalta al terminar los trabajos del día. Pero morir amado; morir cuando voy á estrechar contra mi seno á una mujer querida; morir cuando entreveo el Dios que en vano he buscado por la tierra; morir con el corazón rebosando sangre, con el espíritu lleno de ilusiones, con la existencia cubierta de flores; morir así ¡ay! es morir mil veces. Yo no puedo resignarme á morir, no puedo. Me levanto contra la

ley fatal que me subyuga, y muerdo esta cadena que me ata. Pero así como mis dientes se quebrarán en el hierro, mi voluntad se embotará en la fría cuchilla que penetrando en mi garganta ha de acabar mi existencia. ¡Y es posible que sea tan miserable nuestra existencia, tan pobre y mezquina nuestra vida, que amores, ilusiones, ideas, esperanzas, todas las fuerzas del sér hayan de morir, cortadas por una mísera cuchilla! No hay remedio. La luz se apagará en mis ojos, la sangre caerá de mi corazón, la respiracion se extinguirá en mi pecho, y mi vida entera pasará y se desvanecerá. Pero ¿en dónde, en dónde se desvanecerá? No lo sé. Nada me han enseñado estos sacerdotes, nada me han dicho estos sabios. Ignoro si mi cuerpo, esta pobre organizacion, caerá, se descompondrá en cenizas, yendo á alimentar insectos y á perderse en la corrupcion universal que origina la vida. No sé tampoco si algo superior á mi cuerpo se desceñirá de estas ligaduras de la materia é irá á unirse con el áureo éther de la luz, con el vago suspiro del aire, con la esencia de la flor, con todo lo que hay de impalpable en la naturaleza. Al ménos, el que va á morir y sabe cuál ha de ser su porvenir allende la muerte, aguarda sólo una trasformacion maravillosa,

y presente que despues del dolor ha de sentir venturas ciertas; pero el que se acerca á la tumba y sólo ve tinieblas, incertidumbre, es el más desgraciado de los mortales. Dios de esa mujer que acabá de hablar, Dios que alboreas ya por el amor en mi alma; si no te es indiferente la suerte de un infeliz, si no ha llegado hasta tí la implacable dureza con que todos los séres me tratan, ¡ay! sálvame, sálvame. ¡Inútil ruego! Morir es mi destino. El sol se levanta y dá verdor á los prados, matices á las gotas de rocío, aromas á las flores, cánticos á las aves, plateados reflejos á los arroyuelos, vida á todos los séres; pero no esperanza á mi corazón. Resígnome á morir. Como no es mio el trabajo, no es mia la vida. Disponga de mí en buen hora mi señor. Pero tengo frío. Mi alma se hiela. ¿Qué va á ser de mí? Vida hermosa y grata que palpitas en toda la creacion; vida que subes desde la raíz del árbol hasta el águila, hasta la estrella; vida que centelleas con tantos colores y revistes tantas formas; vida que alimentas desde la luciérnaga escondida entre las piedras de un arroyo hasta el sol; para este sér desgraciado no tienes un suspiro. Pero ¿qué oigo? Se mueven las puertas, se oye un cántico lejano. Son mis sacrificadores que se acercan. Ha llega-

do mi última hora. Adios, naturaleza. Te sonries tan serena como si no se cometiera en tu presencia ningun gran atentado. Muere uno de tus hijos, ¿y ries? ¿Para qué me has engendrado? Vida mia, aunque tan triste y tan oscura, debo decirte que es aún más triste y más oscura mi muerte.

CORO DE SACERDOTES (*entrando en el templo*).

Cantemos, cantemos con delirio. El sol se levanta de su lecho, lleno de alegría, tendido en su carro de oro y arrastrado por sus caballos de fuego. Desde la cúspide de las montañas hasta las ondas del rio, naturaleza sonrie de plácida alegría y se embriaga en goces infinitos. Ha sonado la hora del sacrificio. Rompan en un coro las arpas, canten y gorgeen las flautas, truenen los atambores, dancen las doncellas, y la alegría se extienda por todos como se extiende y se dilata la clara luz del sol. Dancemos nosotros tambien, formando un círculo en torno del fuego sagrado, como danzan las estrellas en torno de la tierra. El templo brilla, el altar de Belo se cubre con nubes de incienso, el ara con flores que acaban de abrir sus corolas; envolvámonos tambien nosotros en el sentimiento del placer. Así como el jugo de la vida

pasa de sér en sér, de la tierra á los árboles, de los árboles al aire, del aire al cielo, del cielo á las estrellas, de las estrellas á los dioses, y lo enciende y lo anima todo, la sangre del esclavo que vamos á verter se extenderá por todos, y á todos nos animará, y á todos nos alegrará con una alegría infinita y divina. Nuestros padres eran más gratos á los ojos de los dioses, y su vida más propicia, porque en su ruda fé no dudaban un punto en sacrificarles todos los enemigos que caian en sus manos en los campos de batalla. Acerca, pues, Belo, tu ancha copa, y recibe la sangre de un esclavo, y abreva en ella nuevos séres que en los limbos de la naturaleza dormitan faltos del licor de la sangre, que enciende las venas y enrojece la vida. El humo que de la caliente sangre subirá hasta tus abiertas narices, te embriagará en una embriaguez divina. Preparad, sacerdotisas, el ara, llevad las ánforas y los cráteres, encended los pebeteros de ámbar, apercibid la cuchilla del sacrificio, coronad la víctima de flores, que va á correr sangre del esclavo en justa ofrenda á nuestro padre Belo. Cantemos, esclavos, cantemos con delirio.

ORIEL (*á los sacerdotes*).

¿Y será posible que lleveis vuestra religion hasta inmolar en sus aras un infeliz esclavo que ningun daño ha hecho á vuestros dioses? ¡Oh! ¡No me mateis, no me mateis! Si las divinidades que adorais tienen algun instinto de justicia en su conciencia, más os agradecerán la vida que la muerte de este miserable. Al fin, mi vida es tan insignificante y tan pobre como la vida de la luciérnaga que se esconde entre las piedras. El vapor de mi sangre no llegará al cielo. El último quejido de mi pecho se perderá en el espacio como se pierde el zumbar del insecto en el desierto. Dejádme esta vida que para vuestros tutelares géneos debe ser bien mezquina ofrenda, dejádmela, y yo levantaré un holocausto de amor en mi corazón á vuestro culto. Necesito ver el cielo, abismarme en contemplar el sol, respirar el beso del áura que refresca mi rostro abrasado, hundir mis piés en la yerba humedecida por el rocío de la noche, vagar por la cima de las montañas errante, bañarme en el tibio resplandor de la luna, oír un juramento de amor, y dejar alguna huella de mi sér en la vida. Ayer hubiera muerto contento, hoy no puedo morir. Al despedirme de la exis-



tencia para siempre, cuando creia que nada me quedaba en la tierra, que mi fin se habia cumplido, que toda esperanza era muerta, en tan misero estado, en que pasar de la vida es casi indiferente, ví brillar una luz que me inundó de alegría, que me despertó de mi letargo, que fué como la trasformacion de mi sér, que vino á mostrarme que aún podia yo amar; y, como vosotros sabeis, morir, morir amando es imposible, porque sólo se muere cuando está seco el corazon y agotada el alma. ¡Oh! Perdonadme. Una corona de flores, un poco de miel, los inocentes corderillos, las blancas palomas deben ser objetos más gratos á vuestros dioses que la negra vida de este misero esclavo. Dejádmela, dejádmela gozar en paz, y una bendicion eterna subirá de mis lábios en vuestro loor á los cielos. Mi juventud, mi amor, el apego á la existencia gritan desde el fondo de mi corazon y me dicen que viva. ¿Y vosotros me abandonareis? Teneis hijos. Mañana puede un conquistador llamar á la puerta de vuestro templo; y acaso, esclavos tambien, con la cadena al pié, hundidos en la miseria, obligados á trabajar noche y dia, alguna vez el capricho de sus señores los condene á muerte; y entonces quizá pidan con lágrimas, con sollozos, con lastimero clamor, como

yo, justicia y misericordia. ¿Y querriais vosotros que fueran tan sanguinarios los dioses de vuestros enemigos, y tan despiadados sus sacerdotes, que los entregaran á la muerte?

LOS SACERDOTES.

Cantad, sacerdotisas, cantad, y no oigais las quejas de este infeliz.

LAS SACERDOTISAS (*á Oriel*).

No escuchamos ningun gemido, no vemos ninguna lágrima. Los dioses mandan que mueras, y has de morir en sus aras. Cuando el Universo se abria por vez primera como una flor acariciada por el áura, y lanzaba á los cielos en sus grandiosas explosiones mundos y mundos como el volcan lanza su fuego y negras piedras, la soledad cubria todos los espacios, hasta que Belo arrojó sobre la materia sedienta una gota de su sangre, y entonces nació el espiritu que debia ser la animacion de la naturaleza. Y desde tal instante nosotros debemos al Supremo Hacedor, que con su fuerza incontrastable creó todas las cosas, mucha, mucha sangre, que nada hay tan grato á su omnipotencia. Cantemos, dancemos, bebamos los ardientes licores, enardezcamos nuestras pasio-

nes, avivemos nuestros sentidos, lancemos gritos de alegría, y en este culto delirante que interesa toda la vida, hundamos la cuchilla en la garganta del esclavo, para que al brotar la sangre y correr sobre el ara vea Belo que la tierra le devuelve en cruentos holocaustos la esencia de su sér que provido vertió de sus venas sobre la naturaleza. Esclavo, tu padecer será de un momento. Se nublarán tus ojos como en el instante en que tus párpados no pueden levantarse bajo el peso de terrible sueño. Resignate, pues, á morir, que vale más morir en aras de los dioses que vivir en la esclavitud y en la miseria. Mira cómo resplandece el templo, y el fuego centellea en el ara. Prepárate á morir, que tu muerte es el holocausto de un Dios.

ORIEL.

¿Vosotras, débiles mujeres, también os gozais en la muerte? ¡Ah! No. Vuestro corazón es un vaso que al frío de la crueldad se quiebra. Ese delirio, esa fiebre de vuestras palabras me está diciendo á voces que no quereis, que no podeis querer mi muerte. Dar vida en vuestro seno es el destino que os ha encomendado el cielo, y no podreis olvidarlo hasta matar á un infeliz que en

nada os ha dañado. Vosotras amais. ¡Habreis suspirado, habreis llorado tantas veces! Pues yo, yo soy amado. Respetad en mí el sello del amor. Cuando me arrastren al ara del sacrificio, podeis clavar el cuchillo en mi garganta; pero lo clavais en el corazón también de una infeliz mujer. Por piedad, por piedad, salvadme de la muerte. Vuestro Dios no querrá que perezca un infeliz y que al par de ese infeliz perezca una mujer. Si no me salvais por mí, salvadme por la inocente que esta mañana al salir el sol me ha jurado amor. Dejad, pues, que apague la luz de mis ojos el que me ha dado esa luz, que disipe la vida de mi sér el que me infundió esa vida. No os interpongais entre el cielo y mi existencia. Si debo perecer, el rayo del cielo quemará mi frente y me aniquilará. Si debo vivir, ¿por qué me habeis de arrancar la vida? ¡Piedad! Si la mujer no es piadosa, es el monstruo más horrible de la tierra.

EL PUEBLO (*entra con gran confusion y espanto en el templo.*)

¡Horror, horror! Del cielo descenden horribles nubes que parecen volcanes errantes. De su seno exhalan sonidos espantosos, como si sobre ellas cayeran en ruinas los mundos. De vez en

cuando despiden una llamarada como la siniestra lumbre de un sol que se apaga entre los pliegues de su manto de tinieblas. La tierra tiembla, las aves se encierran en sus nidos, las fieras aullan desde sus madrigueras, y el desierto se levanta por do quier en espirales de calcinadas arenas. Entre las sombras se ven soldados que parecen cabalgar en alas del huracan; una nube de cuervos les precede lanzando siniestros graznidos y olfateando campos de batalla. El horror es tal, que esos guerreros hambrientos, casi desnudos, que blanden una espada en sus manos tintas en sangre, parecen descender del seno mismo de las nubes. Babilonia, Babilonia, tu última hora se acerca. La venganza del cielo viene á interrumpir tus festines. ¿No oís? Las altas pirámides, las grandes columnas se cimbrean al empuje del huracan, como los cipreses mecidos por las áuras. Belo, Belo, no abandones á tu ciudad.

CORO DE SACERDOTES Y SACERDOTISAS.

El cielo se irrita porque no le hemos sacrificado su víctima propiciatoria. El esclavo de las fiestas saceas le ha pertenecido siempre. Y el sol, alma del mundo, al ver que dudábamos en darle lo que es suyo, se ha airado, y las nubes de la

ira han cubierto su rostro. Apresurémonos á desagraviarle. Ven, ven, esclavo, al ara, y correrá tu sangre, y Belo apagará su sed y nos devolverá su amor, que es la lud del dia. (*Arrastran á Oriel hasta el ara*).

SARA (*anhelante entre la muchedumbre*).

Ya le atan las manos. Ya le obligan á doblar la rodilla. Ya le ponen la venda en los ojos. La sacerdotisa limpia el ara con el agua lustral. El mago pronuncia las fórmulas del sacrificio. Las doncellas enlazan guirnaldas de flores alrededor del altar. El gran sacerdote, vestido de blanco, prueba la cuchilla para rematar pronto la víctima. ¿Y yo he de ver todo esto serena é impasible? ¡Oh! No, no. Sacerdotes de Belo, vosotros creéis sacrificar á un dios, y sacrificais al mal. Belo no es el génio de la luz, es el génio de las tinieblas. No le entregueis, por piedad, esa víctima. Compadeceos del sollozo de esta infeliz mujer. Las lágrimas que vierten mis ojos son tan encendidas que desharian una piedra. ¿Y no desharán vuestros corazones? Soy una mujer de una tribu errante arrancada por vuestros soldados á la tierra de Canaam.